

junto, y tañia el aire mas lúgubre y sagrado ; y moviéndose á su compás los remos, resultaba un ruido con cierta modulacion semejante al que hay en los duelos cuando en los intervalos de la música se oyen los lamentos y gemidos ; pero sobre todo el ver á Antígono tan afligido y lloroso, fue lo que mas contristó y movió á compasion y lástima á todo el inmenso gentío que habia acudido á la orilla del mar. Hechas que le fueron en Corinto magníficas exequias, poniendo nuevas coronas en la urna, llevó Antígono á depositar aquellos despojos á Demetriade, ciudad que tomaba de él su nombre, y que habia sido fundada de muchas aldeas á las orillas del seno llamado Yolquico. La familia que dejó Demetrio fueron Antígono y Estratónice de File, dos Demetrios, el uno á quien llamaron el Flaco, de una mujer de Ilirio, y el otro que quedó reinando en Cirene, de Tolemaida ; y de Deidamia Alejandro, que pasó su vida en el Egipto : diciéndose que tuvo ademas de Euridice otro hijo llamado Corrao. Descendió por sucesiones, reinando su linaje hasta Perseo, que fue el último, bajo el cual los Romanos subyugaron la Macedonia. Concluido ya el drama trágico del Macedonio, tiempo es de que pasemos á la representacion del Romano.



ANTONIO.

El abuelo de Antonio fue Antonio el Orador, á quien por haber sido del partido de Sila dió muerte Mario. El padre, llamado Antonio Cretico, no fue tan ilustre y recomendable en la carrera política ; pero era hombre recto y bueno, y muy liberal y dadivoso, como de uno de sus hechos se puede colegir. Porque como no fuese muy acomodado, y por esto su mujer le contuviese para que no usase de su carácter generoso, sucedió una vez que uno de sus amigos llegó á pedirle dinero ; y no teniéndolo, mandó al mozo que le asistia que echando agua en un jarro de plata se le trajese. Trájolo,



ANTONIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

y como si hubiera de afeitarse se bañó la barba, y haciendo que con otro motivo se retirase aquel mozo, le dió el jarro á su amigo, diciéndole que se valiera de él. Buscóse el jarro por toda la casa estrechando á los esclavos; y viendo á su mujer irritada, y en ánimo de castigarlos y atormentarlos de uno en uno, confesó lo que habia pasado, pidiendo que lo disimulara.

La mujer de este que se llamaba Julia, de la familia de los Césares, competía en bondad y honestidad con las mas acreditadas de su tiempo. Bajo su cuidado fue educado Antonio despues de la muerte del padre, estando ya casada en segundas nupcias con Cornelio Lentulo, aquel á quien Ciceron dió muerte por ser uno de los conjurados con Catilina. Así parece haber sido la madre el motivo y principio de la violenta enemistad de Antonio contra Ciceron; pues dice Antonio que no pudieron conseguir que el cadáver de Lentulo les fuera entregado, sin que primero intercediera su madre con la mujer de Ciceron; pero todos convienen en que esto es falso: porque Ciceron no impidió el que se diese sepultura á ninguno de los que entonces sufrieron el último suplicio. Era Antonio de bella figura, y se dice que fue para él como un contagio la amistad y confianza con Curion: pues siendo este desenfrenadamente dado á los placeres, para tener á Antonio mas á su disposicion lo precipitó en frangachelas, en el trato con rameras y en gastos desmedidos é insoportables; de resulta de lo cual contrajo la cuantiosa deuda, muy desproporcionada con su edad, de doscientos y cincuenta talentos; habiendo salido Curion fiador por toda ella; lo que entendido por el padre, echó á Antonio de casa. De allí á bien poco tiempo se arrimó á Clodio, el mas atrevido é insolente de todos los demagogos, que con sus violencias traía alterada la república; pero luego se fastidió de su desenfreno, y temiendo á los que ya abiertamente hacian la guerra á Clodio, partió de Italia á la Grecia, donde se detuvo ejercitando el cuerpo para las fatigas de la guerra, é instruyéndose en el arte de la oratoria. El estilo y modo de decir que adoptó fue el llamado asiático, que sobre ser el que más florecía en aquel tiempo, tenia gran conformidad con

su genio hueco, hinchado y lleno de vana arrogancia y presunción.

Habiendo de embarcarse para la Siria el Proconsul Gavino, le persuadió á que fuese con él á servir en el ejército; pero habiendo respondido que no lo ejecutaria en calidad de particular, nombrado comandante de la caballería, le acompañó con este encargo. Y en primer lugar enviado contra Aristóbulo, que había hecho rebelarse á los Judíos, fue el primero que esaló el mas alto de los fuertes, arrojando á aquel en seguida de todos; y viniendo con él despues á batalla con pocas tropas en comparacion de las del enemigo, que eran en mucho mayor número, le derrotó con muerte de casi todos los suyos, quedando cautivos el mismo Aristóbulo y su hijo. Proponiendo despues de esto Tolomeo á Gavino con la oferta de diez mil talentos que le acompañase á invadir el Egipto y recobrar el reino, como los mas de los caudillos se opusiesen, y el mismo Gavino tuviese cierta repugnancia á aquella guerra, á pesar de la fuerza que le hacían los diez mil talentos, Antonio, que aspiraba á grandes empresas y deseaba servir á Tolomeo, al cabo persuadió é impelió á Gavino á aquella expedicion. Como lo que mas temian en aquella guerra fuese el camino de Pelusio, teniendo que hacer la marcha por grandes arenas faltos de agua, y que pasar por las bocas de la laguna Serbonides, á la que los Egipcios llaman respiradero de Tifon, siendo una filtracion y depósito del mar Rojo, separado del mar exterior por un istmo muy estrecho, enviado Antonio delante con la caballería, no solo ocupó aquellos pasos, sino que tomó tambien á Pelusio, ciudad muy principal, y apoderándose de todos sus presidios, hizo seguro el camino para el ejército; y al mismo tiempo dió al general la mayor confianza de la victoria. Hasta los enemigos sacaron partido de su ambicion: porque teniendo resuelto Tolomeo, lleno de ira y encono, hacer grande estrago en los Egipcios, se le opuso Antonio, y lo contuvo. Habiendo ejecutado en las batallas y combates, que fueron grandes y frecuentes, muchas acciones ilustres de valor y prudencia militar, siendo las mas señaladas el haber envuelto y cercado á los enemigos, poniendo así la

victoria en manos de los que los combatian de frente, se le decretaron los premios y honores que le eran debidos. Ni dejó de ser sabida entre los Egipcios su humanidad con Arquelao, que murió en uno de aquellos encuentros: porque habiendo sido su amigo y su huésped, por necesidad peleó contra él vivo; pero buscando su cadáver despues de muerto, lo envolvió y enterró con aparato regio. Con estos hechos dejó gran memoria de sí en Alejandria, y adquirió nombre y fama entre los soldados romanos.

Agregábase á esto la noble dignidad de su figura, teniendo la barba poblada, la frente espaciosa, la nariz aguileña, de modo que su aspecto en lo varonil parecia tener cierta semejanza con los retratos de Hércules pintados y esculpidos; y aun habia una tradicion antigua, segun la cual los Antonios eran Heráclidas, descendientes de Anteon, hijo de Hércules; y ademas de parecer que se confirmaba esta tradicion con su figura, segun se deja dicho, procuraba él mismo acreditarlo con su modo de vestir, porque cuando habia de mostrarse en público llevaba la túnica ceñida por las caderas, tomaba una grande espada, y se cubria de un saeo de los mas groseros. Aun las cosas que chocaban en los demas, su aire jaetancioso, sus bufonadas, el beber ante todo el mundo, sentarse en público á tomar un bocado con cualquiera, y comer del rancho militar, no se puede decir cuánto contribuian á ganarle el amor y aficion del soldado. Hasta para los amores tenia gracia, y era otro de los medios de que sacaba partido, terciando en los amores de sus amigos, y contestando festivamente á los que se chanceaban con él acerca de los suyos. Su liberalidad, y el no dar con mano enoogada ó escasa para socorrer á los soldados y á sus amigos, fue en él un eficaz principio para el poder; y despues de adquirido sirvió en gran manera para aumentarlo, á pesar de los millares de faltas que hubieran debido echarlo por tierra. Referiré un solo ejemplo de su dadivosa liberalidad: mandó que á uno de sus amigos se le dieran oscientas cincuenta mil dracmas: esto los Romanos lo expresan diciendo *diez veces*. Admiróse su mayordomo; y como para hacerle ver lo exeesivo de aquella suma pusiese en una mesa

el dinero, al pasar preguntó que era aquello, y respondiendo el mayordomo que aquel era el dinero que había mandado dar, comprendiendo Antonio su dañada intencion: Pues yo creia, le dijo, que diez veces era mas; esto es poco: es menester que sobre ello pongas otro tanto.

Mas esto fue mas adelante. Cuando la república se dividió en facciones, uniéndose los del Senado con Pompeyo, que residia en Roma, y llamando de las Galias los del partido popular á César que tenia un ejército poderoso, Curion el amigo de Antonio, que mudado el propósito fomentaba la faccion de César, se llevó á Antonio tras sí, y como ademas de tener por su elocuencia grande influjo sobre la muchedumbre, gastase con profusion de los caudales enviados por César, hizo que Antonio fuera nombrado tribuno de la plebe, y despues sacerdote de los agüeros, á los que llaman augures. Constituido Antonio en su magistratura, fue mucho lo que sirvió á los que estaban por César: porque en primer lugar, poniendo el consul Marcelo á disposicion de Pompeyo los soldados que ya se habian levantado, y dándole facultad para levantar mas, lo estorbó Antonio escribiendo un edicto por el que se disponia que las fuerzas reunidas marchasen á la Siria en auxilio de Bibulo, que hacia la guerra á los Partos, y que las que levantase Pompeyo, no estuviesen á sus órdenes. En segundo lugar como los del Senado rehusasen recibir las cartas de César, y no permitiesen que en él se las leyeran, Antonio valiéndose de su autoridad, las leyó é hizo que muchos mudaran de dictámen, pareciéndoles que César andaba moderado y justo en lo que proponia. Finalmente, habiéndose hecho en el Senado estas dos proposiciones: si parecia que Pompeyo disolviera el ejército, y si parecia que lo disolviera César, como fuesen muy pocos los que opinaban que dejase las armas Pompeyo, y todos, á excepcion de unos cuantos, estuviesen porque las dejara César, levantándose Antonio, hizo esta otra proposicion: si parecia que Pompeyo y César á un tiempo dejaran las armas y disolvieran los ejércitos; y esta opinion la abrazaron con ardor todos; y dando grandes elogios á Antonio, deseaban que quedase sancionada. Repugnáronle los cónsules, y de nuevo presentaron los amigos

de César otras instancias que parecieron equitativas; pero se declaró contra ellas Caton, y el consul Lentulo expidió del Senado á Antonio; el cual al salir hizo contra ellos mil imprecaciones, y vistiéndose las ropas de un esclavo, tomó alquilado un carruaje, y con Quinto Casio marchó en busca de César. Presentados ante este, decian á gritos que ya en Roma todo estaba trastornado y en desórden, pues ni aun los tribunos gozaban de ninguna libertad, sino que era desechado, y corria gran peligro cualquiera que articulase una palabra en defensa de la justicia.

En consecuencia de esto, tomando César su ejército, entró con él en la Italia; y con alusion á esto dijo Ciceron en sus Filípicas que Helena habia sido el principio de la guerra Troyana, y Antonio de la civil, faltando conocidamente á la verdad: porque no era Cayo César un hombre tan manejable y tan fácil á perder con la ira el asiento de su juicio, que á no haber tenido de antemano resuelto lo que hizo, se habia de haber arrojado á hacer tan repentinamente la guerra á la patria, por haber visto á Antonio mal vestido, y que este y Casio habian tenido que huir á él en un carruaje alquilado; sino que la verdad fue que estando tiempo habia deseoso de aprovechar cualquiera motivo, esto le dió una apariéncia y disculpa á su parecer decente para la guerra; y le arrastraron contra todos los hombres las mismas causas que antes á Alejandro, y en tiempos mas remotos á Ciro: á saber, una codicia insaciable de mando, y una loca ambicion de ser el primero y el mayor; lo que no le era dado conseguir, no acabando con Pompeyo. Luego que puesta por obra su resolucion se apoderó de Roma, y arrojó á Pompeyo de la Italia; siendo su determinacion ir primero contra las fuerzas de Pompeyo en España, y despues de haber preparado una armada marchar contra el mismo Pompeyo, dió el mando de Roma á Lépido, que era pretor, y á Antonio, tribuno de la plebe, el de los ejércitos y toda la Italia. Bien presto este se hizo tan amigo de los soldados, ejercitándose con ellos, poniéndose para todo á su lado, y haciéndoles donativos segun podia, como odioso á todos los demas; porque con sus distracciones no cuidaba de dar oidos á los que su-

frian injusticias, trataba mal á los que iban á hablarle, y no corrian buenas voces en cuanto á abstenerse de las mujeres ajenas. Así es que el imperio de César, que por él mismo cualquiera cosa podia padecer menos que tiranía, lo desacreditaron é infamaron sus amigos; entre los cuales Antonio, que fue el que cometió mayores violencias segun el mayor poder que tenia, fue con justicia el mas culpado de todos.

Sin embargo cuando César volvió de España, pasó por encima de estos excesos; y en valerse de él para la guerra, como de un hombre activo, valiente y hábil, ciertamente que no la erró: pues pasando él desde Brindis el mar Jonio con muy pocas fuerzas, despachó los trasportes, enviando orden á Gabino y Antonio de que embarcaran las tropas, y con toda celeridad se dirigieran á la Macedonia. No se determinó Gabino á emprender aquella navegacion, que era difícil en la estacion del invierno, é hizo con el ejército un largo camino por tierra; pero Antonio, temiendo por César que habia quedado entre muchos enemigos, hizo retirar á Libon, que tenia guardada la boca del puerto, cercandolas galeras de este con multitud de lanchas; y embarcando en las naves que tenia preparadas ochocientos caballos y veinte mil infantes, se hizo á la vela. Habiendo sido visto y perseguido de los enemigos, de este peligro pudo libertarse, porque un recio vendaval agitó impetuosamente el mar, y combatió con furiosas olas las galeras de estos; pero arrebatado al mismo tiempo con sus naves hácia rocas escarpadas y simas profundas, perdió toda esperanza de salud; sino que repentinamente sopló del golfo un viento ábrego que repelió las olas de la tierra al mar, y apartándose él de ella, y navegando á todo su placer, vió la orilla llena de despojos de naufragio. Porque el viento habia arrojado á ella las galeras que le perseguian, y muchas se habian estrellado. Apoderóse pues Antonio de no pocas personas y riquezas; tomo ademas á Liso, é inspiró á César la mayor confianza, llegando oportunamente con tantas fuerzas.

Habiendo sido muchos y frecuentes los combates que allí se dieron, en todos se distinguió, y dos veces, saliendo al encuentro á los Cesarianos que huian en desórden, los contu-

vo, y precisándolos á pelear de nuevo con los que los perseguian, alcanzó la victoria; por lo que despues de César era grande su fama en el ejército. El mismo César manifestó la opinion que de él tenia, cuando, habiendo de dar en Farsalia la batalla última que iba á decidir de todo, tomó para sí el ala derecha, y la izquierda la confió á Antonio, como el mejor militar de los que tenia á su lado. Nombrado César dictador despues de la victoria, fue en persecucion de Pompeyo; pero eligiendo tribuno de la plebe á Antonio, lo envió á Roma. Es esta magistratura la segunda cuando el dictador está presente; pero en su ausencia la primera, ó por mejor decir la única: porque cuando hay dictador, el tribunado queda, y todas las demas magistraturas desaparecen.

Era al mismo tiempo tribuno de la plebe Dolabela, jóven todavía, que aspirando por medio de novedades á darse á conocer, quiso introducir la abolicion de deudas. Como fuese su amigo Antonio, y conociese su carácter dispuesto siempre á complacer á la muchedumbre, le instaba para que le auxiliase y tomase parte en el proyecto. Sostenian lo contrario Asinio y Trebelio; y por una rara casualidad concibió á este tiempo Antonio contra Dolabela la terrible sospecha de que profanaba su lecho. Sintiólo vivamente, por lo que echó de casa á la mujer, que era asimismo su sobrina, como hija de Cayo Antonio, el que fue cónsul con Ciceron; y abrazando el partido de Asinio, hizo la guerra á Dolabela: porque este se habia apoderado de la plaza con ánimo de hacer pasar la ley á viva fuerza; pero sobreviniendo Antonio, autorizado con la determinacion del Senado de que contra Delabela se emplearan las armas, trabó combate y le mató alguna gente, teniendo tambien pérdida por su parte. Decayó con esto de la gracia de la muchedumbre; y con los hombres de probidad y de juicio nunca la tuvo, como dice Ciceron, por su mala conducta; sino que le aborrecieron siempre, abominando sus continuas embriagueces, sus excesivos gastos y su abandono con mujerzuelas: por cuanto el día lo pasaba en dormir, en pasear y en reponerse de sus crápulas; y la noche en banquetes, en teatros y en asistir á las bodas de cómicos y juglares. Dicese que habiendo cenado en cierta ocasion en la

boda del farsante Hípias, y bebido largamente toda la noche, llamado á la mañana por el pueblo á la plaza, se presentó eructando todavía la cena, y allí vomitó sobre la toga de uno de sus amigos. Los que mas favor tenían con él eran el farsante Sergio y Citeris, mujerzuela de la misma palestra, que era su querida, y á la que llevaba consigo por las ciudades en litera, con no menor acompañamiento que el que seguía la litera de su madre. Daba tambien en ojos verle llevar en los viajes, como en una pompa triunfal, vasos preciosos de oro, armar en los caminos pabellones, dar en los bosques y á las orillas de los ríos opiparos banquetes, llevar leones uncidos á los carros y hacer que dieran alojamientos en sus casas ciudadanos y ciudadanas de recomendable honestidad á bailarinas y prostitutas. Pues no podían sufrir que César pasara las noches al raso fuera de Italia, acabando de extirpar las raíces de tan molesta guerra á costa de grandes trabajos y peligros, y que otros en tanto vivieran por él en un fastidioso lujo, insultando á los ciudadanos.

Parecía que con estas locuras fomentaba la sedición, y relajaba la disciplina militar, dando rienda á los soldados para insolencias y raterías. Por lo mismo César á su vuelta perdonó á Dolabela, y elegido tercera vez cónsul, no tomó por colega á Antonio, sino Lépidio. Había comprado Antonio la casa de Pompeyo, que había sido puesta á subasta; y porque se le pedía el precio, se incomodó, llegando á decir que por esta causa no había tomado parte en la expedición de César al Africa, pues veía que no se daba la debida retribución á sus primeras hazañas y victorias. Con todo parece que César corrigió en alguna parte su atolondramiento y dispacion con no mostrarse del todo insensible á sus desaciertos. Porque haciendo alguna mudanza en su conducta, pensó en casarse, y contrajo segundo matrimonio con Fulvia, la que antes había estado casada con el alborotador Clodio, mujer no nacida para las labores de su sexo ó para el cuidado de la casa, ni que se contentaba tampoco con dominar á un marido particular, sino que quería mandar al que tuviese mando, y conducir al que fuese caudillo: de manera que Cleopatra debía pagar á Fulvia el aprendizaje de la sujeción de Antonio,

por haberle tomado ya manejable, instruido desde el principio á someterse á las mujeres; y eso que tambien á esta intentó Antonio hacerla con chanzas y bufonadas mas jovial y festiva. A este propósito se dirigía lo siguiente: cuando César volvía de la victoria conseguida en España, salieron muchos á recibirle, y salió él tambien; pero habiendo llegado repentinamente á la Italia la voz de que muerto César se aproximaban los enemigos, se volvió á Roma; pero tomando el traje de un esclavo, se vino de noche á casa, y diciendo que traía una carta de Antonio para Fulvia, se entró desconocido hasta la habitación de esta; la cual sobresaltada, antes de tomar la carta, preguntó si viva Antonio, y el alargándosela sin decir palabra, luego que la abrió y la empezó á leer se arrojó en sus brazos, haciéndole las mayores demostraciones de cariño. Otros muchos sucesos semejantes hubo; pero no ha parecido referir este solo para ejemplo.

En esta vuelta de César desde la España todos los principales salieron á recibirle á muchas jornadas; pero Antonio logró ser distinguido en sus obsequios: porque caminando en carruaje por la Italia, á Antonio lo trajo consigo, y á la espalda á Bruto Albino, y al hijo de su sobrina Octavio, el que mas adelante tomó el nombre de César, é imperó sobre los Romanos largo tiempo. Cuando de allí á poco fue César nombrado cónsul por la quinta vez, tomó desde luego por colega á Antonio, siendo su intento abdicar despues en Dolabela; de lo que ya llegó á hacer relación al Senado; pero como se opusiese acaloradamente Antonio diciendo mil pesates contra Dolabela, y oyendo otras tantas, avergonzado César de su poco miramiento, no insistió mas por entonces. Iba al cabo de algun tiempo á ejecutar el nombramiento de Dolabela; pero diciendo en alta voz Antonio que los agüeros eran contrarios, cedió y tuvo que abandonar á Dolabela, el que quedó muy resentido. Sin embargo de todo esto parece que César no lo aborrecía menos que á Antonio: porque se dice que habiéndole uno hablado mal en cierta ocasión de ambos, tratando de hacerlos sospechosos, le respondió que no temía á estos gordos y tragones, sino á aquellos descolo-

ridos y flacos, indicando á Bruto y Casio, que eran los que habian de ponerle asechanzas, y darle muerte.

Dióles á estos el motivo, sin querer, Antonio; porque celebraban los Romanos la fiesta llamada de los Lupercales, correspondiente á otra de igual nombre de los Griegos; y César, adornado de ropa triunfal, se sentó en la tribuna de la plaza pública para mirar de allí á los que corrian. Corren en esta fiesta los mas de los jóvenes patricios y los mas de los magistrados, y ungidos abundantemente dan por juego con unas correas de pieles sin adobar latigazos á los que encuentran. Era uno de los que corrian Antonio, y dejando á un lado las ceremonias patrias, y enredando una diadema en una corona de laurel, se encaminó á la tribuna, y levantado en alto por los que le acompañaban, la puso sobre la cabeza de César, queriendo dar á entender que le correspondia reinar. Haciendo este por rompersela y quitársela, lo vió el pueblo con grande alegría y muchos aplausos. Volvió Antonio á ponérsela, y César á quitársela; y habiendo así altercado largo rato, á Antonio lo aplaudieron muy pocos, y estos obligados de él; pero á César por haberlo resistido lo aplaudió todo el pueblo con grande algazara. Lo que habia mas que admirar en esto era que sufriendo en las obras lo que sufren los que son dominados por Reyes, solo estaban mal con el nombre de Rey, creyendo que en él estaba la ruina de la libertad. Levantóse pues César muy disgustado de la tribuna, y retirando la toga del cuello, gritó que lo presentaba al que quisiera herirle. Habian puesto la corona á una de sus estatuas, y los tribunos de la plebe le hicieron pedazos; por lo que el pueblo les tributó tambien aplausos; pero César los privó de sus magistraturas.

Esto mismo fue lo que dió mas aliento á Bruto y Casio; los cuales reuniendo para tratar del hecho á los amigos que eran mas de su confianza, dudaban en cuanto á Antonio; y algunos querian asociarle; pero lo contradijo Trebonio, refiriendo que cuando salieron á recibir á César, que volvía de España, tuvieron un mismo alojamiento, y caminaron juntos él y Antonio; y que habiendo tocado á este la especie con mucho tiento y precaucion, lo habia entendido, pero no ha-

bia admitido la confianza; pero tampoco lo habia dicho á César, sino que habia reservado con la mayor fidelidad aquella conversacion. En consecuencia de esto deliberaron sobre acabar con Antonio cuando dieran muerte á César; pero lo resistió Bruto, diciendo que una accion que se emprendia en defensa de las leyes y de lo justo debía estar separada y pura de toda injusticia. Mas temiendo las fuerzas de Antonio y la dignidad de su magistratura, destinaron él á algunos de los conjurados, con el objeto de que cuando César entrase en el Senado, y se hubiera de ejecutar lo proyectado, le hablaran á la parte de afuera, y lo detuvieran fingiendo tener que tratar con él algun negocio.

Ejecutado todo como estaba resuelto, y habiendo quedado muerto César en el Senado, Antonio por lo pronto recurrió al medio de disfrazarse con las ropas de un esclavo, y se ocultó; pero cuando supo que los conjurados no pensaban en hacer mal á nadie, habiéndose refugiado al Capitolio, les persuadió que bajasen, tomando en rehenes á su hijo; y aun él mismo tuvo á cenar á Casio, y Lépido á Bruto. Congregó el Senado; y él mismo habló en él de amnistia, y de distribuir provincias á Casio y Bruto; todo lo que confirmó el Senado, decretando que nada se alterase de lo hecho por César. Salió Antonio del Senado el hombre mas satisfecho del mundo, por parecerle que habia cortado de raiz la guerra civil, y que en negocios los mas difíciles y arriesgados que podian presentarse se habia conducido con la mayor habilidad y la mas consumada prudencia; pero bien presto apoyado en la opinion de la muchedumbre, mudó este plan para formarse el de aspirar á ser el primero con toda seguridad, quitando de en medio á Bruto. Sucedió ademas que pronunciando en la plaza, segun costumbre, el elogio de César, como viese que el pueblo le oia con interes y complacencia, se propuso en seguida de las alabanzas excitar la lástima y la indignacion por lo sucedido; y como al terminar su discurso presentase y desenvolvese la túnica manchada en sangre y acibillada de cuchilladas, tratando á los autores de matadores y asesinos, encendió al pueblo de tal manera en ira, que recogiendo por todas partes escaños y mesas, que-

maron el cuerpo de César allí mismo en la plaza, y tomando despues tizonas de la hoguera, corrieron á las casas de los conjurados, determinados á allanarlas é incendiarlas.

Saliendo pues de la ciudad Bruto y los demas conjurados, los amigos de César acudieron á Antonio, y su mujer Calpurnia, poniendo en él su confianza, le llevó en depósito la mayor parte de sus intereses, que traídos á una suma ascendian á cuatro mil talentos. Ocupó tambien Antonio los libros de César, entre los cuales se hallaban los registros de sus determinaciones y resoluciones; y añadiendo él á su voluntad lo que le pareció, á muchos los designó magistrados, á muchos los hizo senadores, á algunos los restituyó del destierro, ó estando presos los puso en libertad, como si así lo hubiese tenido ordenado César. Así á todos estos los llamaban los Romanos con una chistosa alusion *Caronitas* ú *Orcinos*, porque para defenderse de sus cargos acudian á los registros de un muerto. Otra infinidad de cosas hizo Antonio con igual despotismo, valiéndose de que era cónsul, y de que tenia por colegas á sus hermanos, siendo Cayo pretor, y Lucio tribuno de la plebe.

En este estado de los negocios llegó á Roma el nuevo César, hijo, como se ha dicho, de una sobrina del dictador, y nombrado heredero por este; al tiempo de cuya muerte residia en Apolonia. Desde luego se dirigió á saludar á Antonio como amigo paterno; pero al mismo tiempo le hizo conversacion del depósito, porque tenia que distribuir setenta y cinco dracmas á cada ciudadano romano, segun César lo habia mandado en su testamento. Despreciábalo al principio Antonio, viéndole tan muchacho, y decia que no tenia juicio en querer cargar, careciendó del talento necesario y de amigos, con el insoportable peso de la herencia de César; pero como aquel no cediese á tales especies, y continuase reclamando sus intereses, pasó á decir y hacer mil cosas en su ofensa. Porque presentándose á pedir el tribunado de la plebe, le hizo oposicion; y queriendo poner en el teatro la silla curul del padre, como estaba decretado, le amenazó de que lo haria llevar á la cárcel, si no desistia de la idea de querer hacerse popular. Mas como este jóven se pusiese en manos de Cice-

ron y de los demas enemigos declarados de Antonio, por medio de los cuales puso de su parte al Senado, mientras por sí mismo iba ganando al pueblo, y reuniendo los soldados de las colonias, entrando ya en temor Antonio, tuvo con él una conferencia en el Capitolio, y se reconciliaron. Mas en aquella misma noche estando durmiendo tuvo en sueños una vision extraña: porque le pareció que un rayo le heria la mano derecha; y de allí á pocos dias corrió la voz de que César pensaba atentar contra su vida; y aunque este se defendió de semejante imputacion, no quiso creerle. Con esto volvió á enconarse la enemistad; y recorriendo ambos la Italia, procuraban á porfia atraerse con dádivas á los soldados veteranos establecidos en las colonias, y poner cada uno de su parte á los que todavia estaban con las armas en la mano.

Era entonces Ciceron el de mayor poder y autoridad en la república; y como trabajase por inflamar todos los ánimos contra Antonio, alcanzó por fin del Senado que le declarara enemigo público; que á César se le enviaran las fases y todas las insignias de pretor; y que se diera á Pansa é Hircio el encargo de arrojar á Antonio de la Italia. Eran estos á la sazón cónsules, y viniendo á las manos con Antonio junto á Módena, acompañándolos César y peleando á su lado, bien quedaron vencedores en aquel encuentro, pero murieron ambos. Tuvo que huir Antonio; y en aquella huida se vió en mil apuros, de los que el mayor fue la hambre; pero en la adversidad se hacia mejor de lo que era por naturaleza, y cuando padecia infortunios podia pasar por bueno. Comun es á todos conocer el precio de la virtud cuando caen en cualquiera desgracia ó afliccion; pero no es de todos el imitar lo que aprueban y huir de lo que vituperan, haciéndose fuertes contra la mala fortuna: y antes algunos ceden de sus buenos discursos, y por debilidad se dejan arrastrar de sus hábitos y costumbres; pero Antonio en esta ocasion fue un admirable ejemplo para sus soldados, pasando de tanto regalo y opulencia á beber sin melindres agua corrompida, y á mantenerse de raices y frutos silvestres; y aun segun se dice, comieron córtizas, y se resolvieron á usar de carnes nunca antes gustadas, al pasar los Alpes.

Su intento era tratar con las tropas que allí habia, mandadas por Lépido, que parecia ser amigo de Antonio, á causa de haber disfrutado por su mediacion del favor de César para muchos negocios. Llegando pues y acampándose cerca, cuando vió que no se hacia con él demostracion ninguna de amistad, se decidió á tentar todo. Llevaba el cabello desgreñado, y en el tiempo que habia mediado desde la derrota le habia crecido una espesa barba: tomó ademas la toga de duelo, y llegando en esta disposicion muy cerca del valladar de Lépido, empezó á hablarle. Como muchos se hubiesen conmovido al verle, y mostrasen ablandarse con sus palabras, temió Lépido; y haciendo tocar las trompetas, quitó con el ruido que pudiera ser oido Antonio. Mas en los soldados aun fue mayor por esto la compasion; y habiendo hablado en secreto unos con otros, le enviaron á Lelio y Clodio disfrazados con las ropas de unas mujercuelas, para que dijese á Antonio que acometiera sin miedo al valladar, porque habia muchos que le recibirian; y si queria darian muerte á Lépido. En cuanto á este no permitió Antonio que se le tocase; pero teniendo su ejército pronto á la mañana siguiente, tentó pasar el rio, y entrando él el primero, marchó denodado á la orilla opuesta; pero á este tiempo ya vió á muchos de los soldados de Lépido que le alargaban las manos, y derribaban el valladar. Entrando pues y haciéndose dueño de todo, á Lépido lo trató con la mayor consideracion, porque le saludó apellidándole padre; y aunque en la realidad él lo mandaba todo, este conservaba el nombre y honores de Emperador; y esto hizo que tambien se le agregara Munancio Flaco, acantonado no muy lejos de allí con bastantes tropas. Fortalecido de esta manera, volvió á pasar los Alpes hacia Italia, trayendo diez y siete legiones de infantería y diez mil caballos; y ademas de esto todavía dejaba de guarnicion en la Galia seis legiones con un tal Vario, amigo y camarada suyo, al que por apodo llamaban *Cotilon*.

Ya César se desentendia de Ciceron viéndole decidido por la libertad; y por medio de sus amigos llamaba á Antonio á conciertos. Reuniéndose pues los tres en una isleta que for-

maba el rio, tuvieron tres dias de conferencias; y en todo lo demas se convinieron fácilmente, repartiendo entre sí toda la autoridad como pudieran una herencia paterna; pero en la contienda sobre qué ciudadanos eran los que habian de perder se detuvieron mucho, y les costó gran trabajo el avenirse, queriendo cada uno perder á sus enemigos y salvar á sus allegados. Finalmente abandonando los que eran aborrecidos á la ira de los que los aborrecian, sin tener cuenta del deudo y honor del parentesco, ni de la gratitud de la amistad, César dejó á Ciceron en manos de Antonio, y en las de César este á Lucio César, que era tío suyo por parte de madre; y á Lépido se le permitió matar á su hermano Paulo: otros dicen que Lépido cedió en cuanto á Paulo, siendo los otros los que pedian su muerte. Lo cierto es que no puede verse una cosa mas atroz y cruel que estos cambios: porque permutando muertes con muertes, del mismo modo que á los que recibian mataban á los que entregaban; pero siempre eran mas injustos con los amigos, á quienes daban muerte sin aborrecerlos.

Los soldados que asistieron á estos tratados pidieron que aquella amistad se confirmara con un casamiento, tomando César por mujer á Clodia, hija de Fulvia, la mujer de Antonio. Acordado tambien esto, fueron trescientos los proscriptos á quienes dieron muerte; y ejecutada la de Ciceron, mandó Antonio que le cortaran la cabeza y la mano derecha, con que habia escrito las oraciones que compuso contra él. Traidas que le fueron, las estuvo mirando con el mayor placer, dando grandes y repetidas carcajadas; y cuando ya se hubo saciado, mandó se pusieran sobre la tribuna en la plaza, queriendo insultar á un muerto, y no echando de ver que era su propia fortuna á la que insultaba, y que él mismo era el afrentado en manifestar semejante poder. Lucio César, su tío, á quien anduvieron buscando y persiguiendo, se habia refugiado á casa de su hermana; la cual cuando los matadores llegaron, como pugnasen por entrar en su cuarto, se puso en la puerta, y extendiendo los brazos les gritó muchas veces: No matareis á Lucio César, si no me matais primero á mí, que he dado á luz al Emperador. Habiendo